seré una anciana, y la cosa os parecerá muy natural.

Para completar su doloroso sacrificio, la pobre señora no vacilaba en cubrirse ante el que amaba con el cilicio de la vejez. Camors, que era un alma pervertida, pero no un espíritu bajo, comprendió en seguida todo lo que tenia de meritorio aquel sencillo heroismo, y le tributó el homenaje mas grande que podia tributar: sus ojos se humedecieron. La señora de Tecle, que espiaba hasta sus menores acciones, lo observó, y continuó diciendo casi alegremente:

—Y ved, caballero, como de esta manera se arregla todo.... Podemos continuar viéndonos sin peligro, puesto que vuestra prometida estará siempre entre los dos.... Muy pronto se pondrán en armonía nuestros sentimientos con nuestras nuevas ideas.... hasta vuestros proyectos del porvenir, que en adelante serán los mios, encontrarán menos obstáculos.... porque los serviré con mucha mas energía.... Sin revelar á mi tio lo que debe ser secreto entre los dos, podré dejarle entrever mis esperanzas ... y esto le decidirá sin duda en vuestro favor.. Ademas, ante todo, os lo repito, labrareis mi felicidad.... Y bien.... contestad.... ¿Aceptais mi cariño maternal?

Con terrible esfuerzo de voluntad, el conde de Camors habia recobrado la calma.

—Perdonad, señora — dijo riendo á su vez;— al ménos, quisiera salvar el honor.. ¿Qué me pedis? ¿Lo sabeis bien? ¿Habeis pensado en ello? ¿Podemos uno y otro, sin grave imprudencia, contraer á tan largo plazo un compromiso sobre asunto tan delicado?

—No os pido ningun compromiso; comprendo que seria una insensatez hacerlo. Me comprometo yo sola, tanto como puedo hacerlo sin comprometer el destino de mi hija. La educaré para vos, os la destinaré en el secreto de mi corazon; con este proyecto, pensaré en vos en adelante. Permitídmelo, aceptadlo como hombre honrado, y permaneced libre.... Tal vez esto sea una locura; pero no arriesgo mas que mi tranquilidad, y sufriré voluntariamente todas las consecuencias, porque tambien gozaré todas las alegrias.... Tengo, ademas, sobre esto mil ideas que no puedo comunicaros...., que he dicho á Dios esta noche.... Creo, estoy convencida de que mi hija, cuando haya hecho yo todo lo que sé que puedo hacer, será excelente esposa para vos, y os hará mucho bien.... y mucho honor...., y espero que ella tambien me dará gracias algun dia de

BIBLIOTECA CENTRAL

todo corazon...., porque preveo lo que valdrá...., lo que amará.... Vos no podeis conocerla ..., ni siquiera podeis presentirla aún....; pero yo la conozco bien....: hay ya una mujer en esa niña....; y una mujer encantadora....; más encantadora que su madre, caballero; os lo aseguro.

La señora de Tecle se interrumpió de pronto.

Acababan de abrir uua puerta, y Maria habia entrado bruscamente en la sala, llevando debajo de cada brazo una muñeca gigantesca. El conde de Camors se levantó y la saludó gravemente, mordiéndose los labios para reprimir la risa, que, sin embargo, no pasó desapercibida para la señora de Tecle,

—¡Maria! (exclamó) te aseguro, hija mia, que abrumas con tus muñecas.

—¡Mis muñecas! ¡las adoro!—contestó Maria.

—¡Eres ridícula! ¡márchate!—dijo la madre.

—Pero no sin darte un beso,—contestó la niña.

Y dejando las muñecas sobre la alfombra, se precipitó hacia su madre, dándole apretados besos en las mejillas, hecho lo cual cojio las dos muñecas, diciéndoles:

BIBLIOTECA CENTRAL

—¡Vamos, queridas!

Y salió en seguida.

—¡Dios mio, caballero! (dijo, riendo la señora de Tecle.) He aqui un incidente desastroso.... pero insisto.... y os suplico me creais bajo mi palabra; será muy juiciosa, y tendrá mucha bondad y abnegacion. Ahora (añadió con seriedad) tomad tiempo para reflexionar, y venid á contestarme, si la contestacion ha de ser buena.... Si no lo es, es preciso que nos digamos adios.

—Señora (dijo Camors, de pié delante de ella) me comprometo á no dirigiros jamas una palabra que un hijo no pueda dirigir á su madre.... ¿Es esto lo que deseais?

La señora de Tecle fijó por un momento los ojos en él con profunda alegria y gratitud; y en seguida, cubriéndose de pronto el rostro con las manos:

—¡Gracias! - murmuró. — ¡Estoy satisfecha!

Diciendo esto, le tendió una mano mojada con sus lágrimas; el jóven la besó respetuosamente, se inclinó y salió.

Si hubo algun momento en su fatal carrera en que pudiera admirarse á aquel hombre, seguramente fué este. Su amor á la señora de Tecle, por bastardo que fuese, era grande, siendo la única pasion verdadera

que habia experimentado. En el momento en que vió que aquel amor, cuyo triunfo creia seguro, se le escapaba para siempre, no quedó solamente herido, sino rasgado hasta el fondo de su corazon, sin embargo, resistió como caballero. Su agonia fué hermosa, revelando apenas una palabra de angustia, instantáneamente reprimida la amargura de su alma. Fué inflexible para su dolor, como queria serlo para con los demas; y no cometió ninguna de las injusticias vulgares de los amantes despedidos, sabiendo reconocer lo que habia de verdadero, de decisivo, de eterno en la resolucion de la señora Elisa de Tecle, y ni por un momento pensó en alguna de esas transacciones ambiguas que algunas veces proponen las mujeres y de las que los hombres disponen siempre. Comprendió que era inviolable el santo refugio á que se acogia la jóven, y no discutió ni protestó: inclinose, y besó noblemente la mano que le heria.

En cuanto al milagro de valor, castidad y fe, por medio del cual la señora de Tecle habia transformado y purificado su amor, evitó fijar detenidamente su pensamiento en el. Este rasgo, que por decirlo así, dejaba ver desnuda una alma divina, contrariaba sus teorias. Una frase que se le escapó

BIBLIOTECA CENTRAL

cuando regresaba á su casa, puede dar á conocer el juicio que formaba del caso, bajo su especial punto de vista.

—Es una puerilidad (murmuró) pero sublime.

Al entrar en su habitacion, encontró una carta del General, en la que le anunciaba que su matrimonio con la señorita d'Estrelles se celebraria pocos dias despues en Paris, y le invitaba á la boda, que se verificaria en la estricta intimidad de la familia, No sintió Camors que se le ofreciese aquella oportunid tan natural para proponerse distraccion, de que tanto necesitaba, y hasta estuvo tentado de partir aquel mismo dia para aturdir sus sufrimientos; pero dominó esta debilidad. Al dia siguiente fué á pasar la velada en casa del señor Des Rameures, y aunque tenia el corazon destrozado, se esforzó en mostrar á la señora de Tecle tranquila frente y apacible sonrisa, anunciando la corta ausencia que proyectaba y manifestando el motivo.

—Dareis mi enhorabuena al General, caballero (dijo el señor Des Rameures) deseo que sea feliz; pero dudo muchísimo que lo consiga.

—Le participaré, caballero, vuestros buenos deseos y sentimientos.

—¡Diantre!.... *¡Exceptis excipientis!*—replicó el anciano.

En cuanto á la señora de Tecle, para describir las invisibles atenciones que le prodigó durante la velada, las gracias secretas y delicadezas exquisitas que desplegó para cerrar la herida que habia abierto y deslizarse suavemente en su papel maternal, necesitaríase una pluma cortadas por sus manos.

Dos dias despues el conde de Camors marchó á Paris, y al siguiente de su llegada fué muy temprano á ver al General, que ocupaba un magnífico hotel de la calle Vanneau. El contrato debia firmarse aquella noche, celebrándose á la mañana siguiente el matrimonio civil y religioso.

El general se encontraba sumamente agitado, viéndole Camors al entrar paseando en los tres salones que formaban el piso bajo de su casa. En cuanto vió al jóven:

—¡Ah, ah! ¡Al fin llegais!—exclamó, dirigiéndole feroz mirada. — ¡Vamos, menos mal!

—Pero, General....

—¿Y bien, qué? "¡Pero, General!" ¿No me abrazais?

—Sí, General.

—Y bien: mañana es el lance, ¿lo sabeis?

—Sí, General.

—"Sí, General!".... ¡Mil bombas! ¡Estaís muy tranquilo!..... ¿La habeis visto?

—Aún no, General; acabo de llegar.

—Es necesario que vayais esta misma mañana. Le debeis esta prueba de interés...., y, ademas si descubris algo, me lo direis.

—Pero ¿que he de descubrir, General?

—¡Diablo, no lo sé.. ! Vos conoceis mejor que yo las mujeres.... ¿Me ama ¿No me ama?.... Comprendereis que no tengo la pretencion de hacerla perder la cabeza.... Pero tampoco quisiera ser objeto de repulsion.... Nada me ha hecho suponerlo.... ¡Pero la jóven es tan reservada.... tan impenetrable!

—La señorita d'Estrelles tiene un carácter frio,—dijo Camors.

—Si (repitió el General) si, sin duda.... y bajo cierto punto de vista.... pero, en fin, si descubris algo, cuento con vos para saberlo.... Y mirad, cuando la hayeis visto, hacedme el favor de venir aqui dos minutos. ¿Lo hareis? Os lo agradeceré.

—Muy bien, General.

—Yo la amo como un bestia.

—Magnífico, General.